

17/2017

23 de noviembre 2017

*Samuel Morales Morales**

El futuro de la naturaleza de los
conflictos armados

El futuro de la naturaleza de los conflictos armados

Resumen

Durante los últimos veinte años, y debido a la ambigüedad que subyace en la correcta definición del conflicto en la actualidad, han surgido innumerables intentos de acotar las denominadas «nuevas guerras». Esta dificultad para delimitar correctamente el nuevo tipo de conflicto al que nos enfrentamos, así como su conceptualización en la llamada «zona gris», podría provenir del aferramiento conceptual del estamento militar a las guerras industriales entre ejércitos burocratizados posteriores a la Revolución francesa, lo que ha creado un paradigma muy ritualizado que se centra en el enfrentamiento violento a gran escala entre fuerzas opuestas.

Este modelo provoca gran confusión y dificultad para asumir las nuevas dinámicas emergentes, ya que se tiende a identificar la parte con el todo. Sin embargo, fenómenos como la difusión de la tecnología o el auge de los actores no estatales obligan a plantear un nuevo paradigma en el modo de enfrentar las amenazas.

Abstract

During the last twenty years, and due to the ambiguity that underlies the correct definition of the conflict nowadays, have emerged countless attempts to define the «new wars». This difficulty to properly dimension the new type of conflict facing, as well as conceptualization in the so-called «grey zone», could come from the conceptual grasping of the establishment military industrial wars between armies heavily bureaucratized after

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos Marco** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

the French Revolution, which has created a much ritualized paradigm that focuses on violent confrontation on a large scale between opposing forces.

This model causes a great confusion and difficulty to take new emerging dynamics, since they must identify the part to the whole. However, phenomena such as the spread of technology or the rise of non-State actors is obligated to consider a new paradigm in the way of confronting the threats.

Palabras clave

Amenazas híbridas, conflicto, guerra, paz, zona gris.

Keywords

Hybrid Threats, Conflict War, Peace Grey Zone.

La Primera Guerra Mundial fue precedida de una crisis mayor, turbada por resistencias a la concordia, vigorizadas por dos grandes coaliciones de Estados preparados para la guerra. En el Mediterráneo oriental como en el contexto balcánico las tensiones cruzaban la línea roja del desacuerdo como expresiones de las grandes transformaciones geopolíticas e ideológicas que acababan de cristalizar en Europa.

En ese marco de enorme incertidumbre se preguntó a Charles Seignobos, el gran historiador contemporáneo de la Sorbona, si creía en la posibilidad de un conflicto generalizado que afectase, incluso, a la seguridad de las grandes potencias de su tiempo. El reputado historiador, apoyándose en su confianza acerca del progreso del desarrollo cultural y filosófico de Occidente, también argumentando el peso del intercambio comercial entre los países, y creyendo en la capacidad de las cancillerías diplomáticas para generar pactos y consensos, negó la posibilidad, siquiera, de una guerra de tipo general que afectase a la seguridad colectiva de los europeos. Y todo ello, en el gozne mismo del conflicto mundial que provocaría en el continente una de las mortandades más importantes de todos los tiempos tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria.

El alcance de esta referencia histórica, escogida con objetivo aleccionador, debería retenerse permanentemente como reclamo a la modestia intelectual y a la extrema dificultad de realizar prospectiva en casi cualquier campo, pero mucho más aún en el ámbito de los conflictos armados, de la guerra.

Introducción

Las intervenciones occidentales en los conflictos durante las dos últimas décadas, especialmente las acaecidas en los Balcanes y en Irak, han favorecido la extensión de una percepción errónea, tanto entre la sociedad civil como entre la clase política, sobre las características que definirán los conflictos armados en el futuro.

Esta errónea percepción está sustentada en aspectos como la creencia en que la superioridad tecnológica será un factor decisivo en todos los conflictos venideros y que se dispondrá de una inteligencia precisa en todo momento que permitirá la ejecución de acciones directas por parte de fuerzas altamente adiestradas con un mínimo número de bajas propias.

Asimismo, se sostiene el convencimiento de que los conflictos armados podrán ser gestionadas a través de terceros actores a los que apoyar con medios, pero evitando el despliegue de unidades sobre el terreno.

Finalmente, también se sustenta en la convicción de que los efectos producidos por los conflictos en curso en terceros países podrán ser gestionados evitando una intervención militar.

Cuando el nivel político toma la decisión de participar en un conflicto, debe tener claro que la fuerza militar, cuando es empleada, tiene dos efectos inmediatos: la muerte de personas y la destrucción de propiedades. Además, antes de tomar la decisión, será necesario identificar adecuadamente el marco en el que este se produce y los ámbitos a los que afecta, para así definir apropiadamente las herramientas que el Estado debe emplear en su gestión.

Una vez tomada la decisión de su empleo, el debate deberá centrarse en tres cuestiones: la situación final que se desea alcanzar, la forma en la que se va a alcanzar esa situación final y los medios necesarios para alcanzarla. Todo ello sin olvidar que un conflicto influye tanto sobre el Estado y sus relaciones con la sociedad, como el Estado lo hace sobre la dirección de las acciones de las diferentes herramientas disponibles para gestionar los conflictos.

Esta relación bilateral se debe a que una vez que han comenzado las hostilidades, se genera una relación de recíproca influencia entre los actores enfrentados, un verdadero choque de voluntades en el que las acciones de los unos influirán sobre la política de los otros, pudiendo llegar a subvertir, frustrar o variar los planteamientos inicialmente adoptados.

Por otra parte, la respuesta de un Estado a cualquier conflicto se basa en la transversalidad y sinergia de sus acciones a través de todas las herramientas que posee, combinando acciones políticas, diplomáticas, económicas y militares. No obstante, durante la última década los conflictos parecen evidenciar más que esa necesaria sinergia, una falta de entendimiento entre la clase política y el estamento militar.

Así, en los más recientes se ha evidenciado una carencia de estrategia o, en el mejor de los casos, una estrategia erróneamente planeada. La «guerra global contra el terrorismo» careció de una estrategia adecuada, no estaba dirigida hacia la consecución de un objetivo político, sino contra una forma concreta de enfrentamiento, el terrorismo,

sin proporcionar ningún tipo de precisión geográfica. El concepto estratégico que la sustituyó, «la guerra prolongada», reconoció estos errores, pero no los solucionó.

Para alinear y sincronizar ambas visiones, se cuenta con la estrategia, que debe ser entendida como el producto resultante del diálogo entre políticos y militares, y cuya esencia es la armonización de los dos elementos, no la subordinación de unos a otros.

De esta manera, el desarrollo de una estrategia debe ser entendido como un proceso transversal que requiere, y plasma, una gran colaboración interdepartamental, colaboración que debe ser mantenida durante su implementación para alcanzar los objetivos que se hayan establecido.

Las tendencias actuales de los conflictos

La guerra se caracteriza por poseer una naturaleza violenta, interactiva y fundamentalmente política. No obstante, su carácter, es decir, la forma cambiante en la que se manifiesta este fenómeno, se ve inevitablemente influido por los desarrollos tecnológicos y el creciente acceso a estos por parte de múltiples actores; por la legalidad internacional o por las desiguales concepciones políticas, militares y sociales derivadas de las diferencias culturales.

De una forma más decisiva, podemos afirmar que la naturaleza del conflicto se ve influida de forma fundamental por la relación dinámica entre los elementos que conforman la «trinidad» de Clausewitz: los dirigentes políticos que aportan la racionalidad en la dirección del conflicto, los militares que ejercen la voluntad necesaria para imponerse al adversario, y la población que proporciona el apoyo emotivo y pasional que ayuda a realizar el esfuerzo supremo propio de una guerra.

Sin embargo, el concepto de la «trinidad» debe ser entendido correctamente. Los tres elementos constituyentes no son la población, los militares y los políticos; sino la pasión, la racionalidad y la voluntad. Clausewitz realizó una asociación entre todos estos elementos, vinculando la pasión con la población, la racionalidad con los políticos y la voluntad con los militares. Pero al hacerlo, favoreció que pueda llegar a identificarse el concepto de «trinidad» con la población, los militares y los políticos, que son elementos constitutivos del Estado y no de la guerra.

En cualquier caso, esta relación parece estar viéndose alterada en los últimos años debido a que el perfeccionamiento de otras formas de hacer la guerra, que se alejan del

modelo napoleónico-industrial, y el exponencial desarrollo tecnológico, estarían marcando tendencias de carácter disruptivo que pueden llegar a modificar la naturaleza del conflicto.

Paradójicamente, el conflicto ha sido liberalizado de forma involuntaria por el derecho internacional. En primer lugar, porque el enemigo ha sido retratado de forma cada vez más generalizada como constituido por Estados fallidos o actores no estatales. En segundo lugar, debido a que la mayoría de países occidentales se han dotado de unas fuerzas armadas profesionales que no representan a la totalidad de la sociedad salvo de una forma simbólica. En tercer lugar, y en gran parte como consecuencia de los aspectos señalados anteriormente, porque las sociedades y Estados occidentales han identificado erróneamente las operaciones de mantenimiento de la paz con la guerra.

Sin embargo, aunque el conflicto mantenga una naturaleza cambiante, las causas profundas de estos no variarán sustancialmente. Así, los conflictos violentos generados en base a disputas territoriales continuarán siendo una realidad que puede verse catalizada por el auge de nacionalismos de carácter exacerbado.

Además, la conformación de un nuevo orden mundial de carácter policéntrico, cuya verdadera disposición y efectos están aún por determinar, y la creciente brecha entre los países occidentales, fundamentalmente Estados Unidos, y Rusia, también influirá en la génesis de los conflictos a corto y medio plazo.

Tampoco debe obviarse el auge de actores no estatales y su capacidad para actuar de forma presencial o también a través del ciberespacio, desde localizaciones alejadas que les proporcionen un santuario físico o legal.

Igualmente, es de esperar que la lucha por el control de los recursos naturales, especialmente por aquellos que garantizan la seguridad energética de un país y de los flujos comerciales asociados a ellos, continúe siendo un factor de enorme trascendencia en la seguridad internacional. Sin embargo, la creciente explotación de energías autóctonas y la mejora en el almacenamiento de las energías renovables, así como la conocida como cuarta revolución industrial contribuirán a reconfigurar su influencia sobre la estabilidad internacional, aunque quizás menos de lo esperado por algunos analistas. También es necesario considerar que los efectos derivados de los conflictos armados, tales como el flujo de refugiados y combatientes a través de las fronteras o el incremento

de la tensión regional, someterán a una gran tirantez al equilibrio regional en las zonas geográficas dónde existen conflictos intra-Estados.

Por otra parte, y al igual que durante la Guerra Fría, la posesión de armas nucleares constituirá uno de los elementos determinantes en la gestación del nuevo orden mundial. En este ámbito, no podemos descartar un fenómeno que comienza a vislumbrarse, un incipiente proceso de proliferación nuclear que puede alterar de forma considerable la conformación de ese nuevo orden policéntrico.

Todas estas tendencias, junto al auge exponencial de las nuevas tecnologías y el creciente empleo del ciberespacio en las actividades cotidianas, incrementarán el nivel de incertidumbre y riesgo que los países deben ser capaces de tolerar en la gestión de su seguridad nacional.

Por último, la sinergia de estas tendencias y el inherente aumento de la incertidumbre asociada a ellas, puede llegar a favorecer el afianzamiento de un fenómeno que ha aparecido de forma recurrente a lo largo de la historia, el temor a lo desconocido. Un temor que, sin lugar a duda, puede llegar a condicionar las relaciones internacionales y la naturaleza de los conflictos armados.

Ante la situación definida en los párrafos precedentes, el Foro Económico Mundial ha identificado una serie de dinámicas que podrían configurar los conflictos armados a corto y medio plazo. Entre ellas merecen especial atención las siguientes:

- En primer lugar, la creciente brecha tecnológica entre unos países y otros incentivará a aquellos que no tienen acceso a esta a utilizar formas de enfrentamientos no tradicionales, que fundamentalmente se producirían en una zona indeterminada que comienza a ser conocida como «zona gris».
- En segundo lugar, es de esperar que se incremente la rapidez con la que se desencadenan y desarrollan los conflictos armados, provocando una transición más rápida entre las diferentes fases de una crisis; aspecto que contribuye a incrementar, por una parte, el nivel de incertidumbre en las relaciones internacionales; y por otra, el nivel de alistamiento y alerta de los mecanismos de seguridad en los diferentes países.
- En tercer lugar, hace referencia al impacto que tendrá la existencia de nuevos sistemas de armas y ámbitos de actuación, que podrían provocar una carrera de armamento que dotase cada vez a un mayor número de actores con modernos y

eficaces sistemas de armas. Esta potencial carrera de armamento puede incrementar la percepción, no solo entre las autoridades sino también entre la sociedad, de que son necesarias acciones preventivas para limitar el acceso de determinados países a ellos.

- En cuarto lugar, es de esperar que los conflictos futuros vayan desplazando su acción, paulatinamente, hacia nuevos dominios que más que sustituir a los anteriores, ampliarán el posible espectro de actuación no solo hacia el ciberespacio y el espacio ultraterrestre, sino también hacia el Ártico o la profundidad del océano.

Todas estas dinámicas se desarrollarán en un entorno en el que la relación entre el Estado y la ciudadanía será determinante, una ciudadanía que en el seno de los países de la Alianza Atlántica ha asumido la inutilidad de la guerra tras las intervenciones en Afganistán e Irak. Pero también, en el marco de una relación entre lo público y lo privado en la que el sector privado irá adquiriendo cada vez una mayor relevancia y por tanto, también, la protección de sus intereses. Aspecto, este último, que trasciende titularidades estatales y fronteras físicas, lo que ofrece una nueva dimensión a la geografía jurídica de los conflictos.

Teniendo en cuenta todos estos elementos, la Corporación Rand ha publicado recientemente un análisis en el que concluye que la tendencia de los conflictos a medio plazo se mantiene definida por una casi completa carencia de enfrentamiento entre Estados y una reducción en el número y magnitud de los que se producen en el seno de los estos. Tendencia obtenida del análisis de datos empíricos y que desdice la percepción generalizada de un incremento en el nivel de violencia tras los conflictos de Libia, Siria e Irak.

En ese mismo estudio, se definen una serie de factores que directamente influyen sobre la gestación de los conflictos, entre ellos cabe citar: la capacidad de las instituciones del estado, el nivel de polarización étnica, el nivel de crecimiento e interdependencia económica, el respeto a las normas internacionales o la presencia de movimientos nacionalistas.

A través del análisis de todos estos factores, los autores plantean cuatro escenarios teóricos de máximo impacto. Dos de ellos, una actitud revisionista de China y una depresión económica de carácter global, podrían traer consigo escenarios de conflicto entre Estados; mientras que los dos restantes, una dilución generalizada del Estado y la

existencia de efectos extremos provocados por el cambio climático, favorecerían el desarrollo de conflictos intra-Estados.

El conflicto en la actualidad: teoría y práctica

En los últimos años, parece estar desarrollándose un cambio de paradigma en la naturaleza del conflicto armado desde el modelo napoleónico-industrial hacia otro en el que las fronteras entre las situaciones de guerra y paz se han difuminado quizás definitivamente, evolución que hace absolutamente imposible analizar los conflictos presentes y venideros desde una óptica de «de guerra y paz».

El pensamiento militar occidental, influenciado históricamente por la superioridad en el combate de las legiones romanas, se ha centrado excesivamente en alcanzar la victoria táctica. De esta manera, imbuidos por el pensamiento de Clausewitz, se ha realizado un esfuerzo para plantear la batalla decisiva en condiciones ventajosas y conseguir la destrucción del enemigo. Esta concepción ha llevado, en muchos casos, a que los estrategias centren todo su esfuerzo en alcanzar los objetivos establecidos exclusivamente a través de la derrota táctica sobre el enemigo, implicando normalmente la capitulación del adversario y la firma de un tratado entre las partes.

La general canadiense Jennie Carignan, afirma que esta situación, definida por el acostumbrado empleo de la herramienta militar, es difícil de armonizar con la naturaleza actual del conflicto, en la que cada vez están más presentes no solo actores estatales, sino también otros no estatales cuyas motivaciones e intereses trascienden el marco político tradicionalmente establecido en la resolución de los conflictos¹.

De esta manera, continúa Carignan, debemos comenzar a aceptar que el concepto de victoria se está trasladando progresivamente desde el nivel táctico y militar, hacia otro estratégico y de carácter más político, o quizás, hacia un tercero de perfil más ideológico y por lo tanto situado en el ámbito cultural.

Sin embargo, esta observación no hace referencia a un hecho novedoso. Tanto la batalla de Argel en 1957, como en la caída de Saigón en 1975, son claros ejemplos de lo elusiva que puede llegar a ser la victoria estratégica en términos exclusivamente militares. Más

¹ CARIGNAN, Jennie. «Victory as a Strategic Objective: An Ambiguous and Counter-Productive Concept for the High Command». *Canadian Military Journal*. Primavera, 2017. Disponible en <http://www.journal.forces.gc.ca/Vol17/no2/PDF/CMJ172Ep5.pdf>.

recientemente, los conflictos de Afganistán e Irak han venido a hacer más palpables, si cabe, las limitaciones que ofrecen las victorias tácticas y el empleo de la fuerza militar para alcanzar los objetivos de carácter estratégico.

Esta línea de actuación, característica de los países occidentales e influenciada por el pensamiento de Clausewitz, no debe ser considerada en ningún caso como una actitud general, siendo un claro ejemplo de ello la concepción de la guerra que mantienen otros países, una realidad que está más cercana a los países que no se encuentra en la vanguardia de la «revolución en asuntos militares».

Uno de los ejemplos más conocidos, es la conceptualización de la naturaleza del conflicto realizada por los coroneles del Ejército Popular de China Quiao Liang y Wang Xiangsui en su obra, publicada en 1999, *Unrestricted Warfare*². En ella afirmaban que de forma simultánea a una reducción relativa de la violencia militar, se está produciendo un aumento de la violencia en los ámbitos político, económico y tecnológico.

Según estos autores, la violencia estaba dejando de ser un aspecto exclusivo de los hechos de sangre y el uso de las armas de fuego para comenzar a ejercerse por medio de la desinformación y el control de ciertas áreas sensibles para un país y su sociedad; convirtiéndose la globalización y la dependencia tecnológica en elementos posibilitantes de esta nueva concepción.

Para Quiao Liang y Wang Xiangsui, estamos frente a una revolución del pensamiento estratégico, por cuanto se equiparan los ámbitos de acción, es decir, que las acciones bélicas son desplazadas de su rol principal y directriz en el curso de la guerra, dando lugar a distintas modalidades de guerra previstas con el denominador común de emplear ataques de carácter integrado, destinados a explotar distintas fuentes de vulnerabilidad:

«Guerra cultural, controlando o influenciando los puntos de vista culturales de la nación adversaria. Guerra de las drogas, invadiendo a la nación adversaria con drogas ilegales. Guerra económica, empleando la dependencia de la ayuda financiera para controlar al adversario. Guerra ambiental, destruyendo los recursos ambientales a la nación adversaria. Guerra financiera, subvirtiendo o dominando el sistema bancario del adversario y su mercado de valores. Guerra de las leyes internacionales, subvirtiendo o dominando las políticas de las organizaciones

² LIANG, Quiao et XIANGSUI, Wang. *Unrestricted Warfare*. Beijing: PLA Literature and Arts Publishing House 1999.

internacionales o multinacionales. Guerra mediática, manipulando los medios de prensa extranjeros. Guerra de internet, mediante el dominio o destrucción de sistemas informáticos transnacionales. Guerra psicológica, dominando la percepción de las capacidades de la nación adversaria. Guerra de recursos, controlando el acceso a los escasos recursos naturales o manipulando su valor en el mercado. Guerra de contrabando, invadiendo el mercado del adversario con productos ilegales. Guerra tecnológica, ganando ventaja en el control de las tecnologías civiles y militares claves. Terrorismo»³.

Pero sin ningún lugar a dudas, la aproximación teórica más conocida y probablemente más influyente en los últimos años sobre la naturaleza del conflicto provenga del jefe de Estado Mayor de la Defensa ruso, el general Valery Gerasimov, cuyas reflexiones publicadas en un artículo de la revista *VPK* en 2013, han condicionado en gran medida nuestra visión sobre la forma de hacer frente a los conflictos en el futuro⁴.

En su análisis afirmaba que los países occidentales se desenvolverán en los conflictos venideros de una forma más cercana a como lo han hecho durante la intervención en Libia en 2011, las revueltas árabes o las revoluciones de colores, a como lo hicieron durante la invasión de Irak en 2003.

Según su concepción, el papel que desempeñan las capacidades no militares para alcanzar los objetivos políticos y estratégicos han ganado en importancia y en muchos casos han superado la eficacia de las medidas exclusivamente militares. De acuerdo con sus conclusiones, se implementan cuatro veces más medidas no militares durante un conflicto que medidas militares, entre estas destacan las represalias económicas, la propaganda, la subversión política y el empleo de los medios de comunicación social⁵.

En línea con el antedicho análisis, en marzo de 2017, el general Gerasimov publicó un nuevo documento en el que amplía sus reflexiones con respecto a la naturaleza de los

³ *Ibidem*.

⁴ GERASIMOV, Valery. «Ценность науки в предвидении (El valor de la ciencia radica en la anticipación)». *VPK*, n.º 8/2013 (476), marzo 2013. [Consultado el 12 de noviembre de 2016]. Disponible en <http://vpk.name/print/i85159.html>.

⁵ Para ampliar la información sobre el cambio de la naturaleza de los conflictos armados, se puede consultar el artículo del mismo autor: «¿Quo Vadis?». *Revista General de Marina*. Diciembre, 2016. Disponible en <http://www.armada.mde.es/archivo/rgm/2016/12/rgmdic2016cap10.pdf>.

conflictos futuros⁶. En este nuevo análisis, profundiza en algunos de los principales cambios que está sufriendo la naturaleza de la guerra.

En primer lugar, destaca una creciente tendencia hacia la utilización de sistemas de armas controlados remotamente e incluso hacia la robotización del campo de batalla. En segundo lugar, recalca la creciente connivencia entre actores estatales y no estatales en el teatro de operaciones. Pero quizás su reflexión más importante sea la que confiere un carácter indispensable a la obtención de la supremacía en el ámbito de la información y la comunicación estratégica.

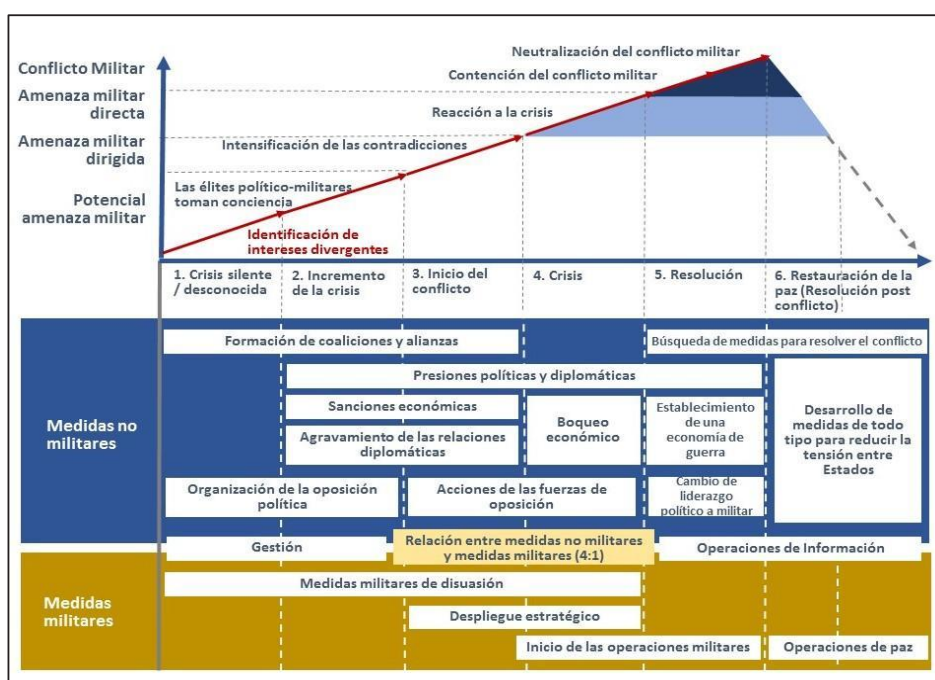


Figura 1: la guerra no lineal.

Adaptado del artículo de Valery Gerasimov en VPK: «El valor de la ciencia radica en la anticipación»

Además, Gerasimov remarca que el empleo de acciones de carácter híbrido por parte de Occidente se produce al no poderse identificar estas acciones fácilmente como una agresión por parte de un tercer Estado. Así, la difuminación de las fronteras entre las situaciones de paz y guerra provoca un nuevo marco de actuación, en la que a pesar de

⁶ GERASIMOV Valery. «Мир на гранях войны. Мало учитывать сегодняшние вызовы, надо прогнозировать будущее (La paz al borde de la guerra. No es suficiente tener en cuenta los retos de hoy, es necesario predecir el futuro)». VPK, n.º 38/2017 (702), marzo 2017. [Consultado el 1 de abril de 2017]. Disponible en <http://vpk-news.ru/articles/35591>.

que los Estados no empleen sus fuerzas armadas abiertamente contra sus adversarios, si podrán amenazar su soberanía y seguridad nacional a través del empleo de medidas políticas, económicas o diplomáticas.

Tras la más que mejorable actuación de las Fuerzas Armadas rusas en Georgia, tanto en Ucrania como en Siria estas han sido capaces de imponer un elevado ritmo en las operaciones y un gran nivel de sincronización entre las acciones militares tradicionales, desarrolladas por unidades dotadas de materiales modernos, y aquellas otras ejecutadas en el ámbito de la comunicación; obteniendo como resultado la posibilidad de socavar la soberanía de un país sin llegar a ocupar su territorio.

Esta sincronización de acciones se ve favorecida por carecer de las restricciones, propias de los sistemas políticos occidentales, que retrasan las respuestas y burocratizan la gestión de los conflictos. En definitiva, para Gerasimov, las acciones híbridas permiten configurar el teatro de operaciones antes de la intervención de los medios militares tradicionales⁷.

Desde una óptica más cercana, y casi de forma coincidente con el primer análisis del general Gerasimov, el general estadounidense McMaster, actual consejero de Seguridad Nacional estadounidense apuntaba en un artículo de opinión publicado en *The New York Times*⁸, tres normas para hacer frente a una errónea comprensión de la naturaleza de la guerra que según él imperan en el pensamiento político y estratégico militar de Occidente.

En primer lugar, hace referencia al carácter político de la guerra, siendo esta un instrumento del poder que debe ser coordinado con las restantes herramientas disponibles en el Estado para alcanzar los objetivos políticos que se establezcan.

En segundo lugar, afirma que la guerra es una actividad humana, por lo que deben considerarse en su desarrollo dimensiones tales como la social, la económica y la histórica. Hoy, al igual que en el pasado, los pueblos luchan por los mismos elementos

⁷ BARNES, Julian E. et HODGE, Nathan. «The New Cold War Pits a U.S. General Against His Longtime Russian Nemesis». *The Wall Street Journal*. Junio, 2017. [Consultado el 1 de octubre de 2017]. Disponible en <https://www.wsj.com/articles/the-new-cold-war-pits-a-u-s-general-against-his-longtime-russian-nemesis-1497623852>.

⁸ MCMMASTER, H. R. «The Pipe Dream of Easy War». *The New York Times*. Julio, 2013. [Consultado en el 2 de agosto de 2017]. Disponible en <http://www.nytimes.com/2013/07/21/opinion/sunday/the-pipe-dream-of-easy-war.html>.

que identificó el historiador griego Tucídides en su obra *Las guerras del Peloponeso*: la honra, el temor y el provecho.

Su tercera aseveración conjuga las dos anteriores, al manifestar que la guerra tiene un carácter incierto precisamente por tener una naturaleza humana y política. De esta manera, el conflicto armado debe ser entendido como un enfrentamiento dinámico entre voluntades que hace muy difícil predecir su desarrollo.

McMaster finaliza su artículo haciendo referencia al carácter inmutable de estas tres afirmaciones a lo largo de la historia y advirtiendo que, a pesar del impacto de la tecnología en el desarrollo de capacidades militares y sobre su eficacia en el campo de batalla, el empleo de estas capacidades no debe ser confundido con una estrategia para la guerra.

Nuevas realidades, nuevos entornos, nuevos actores... ¿o no tan nuevos?

El coste actual de las operaciones militares es tan elevado y las interdependencias desde el punto de vista social y económico tan profundas, que los Estados revisionistas o con intenciones más o menos agresivas se han visto en la necesidad de buscar métodos alternativos para alcanzar sus objetivos. Además, el incipiente policentrismo al que ya se ha hecho referencia proporciona una mayor libertad de acción a estos Estados de la que disfrutaban durante la Guerra Fría.

Para alterar el *statu quo*, las potencias revisionistas pueden utilizar tres tipos de estrategias: la política de hechos consumados, el conflicto a través de terceros o la explotación de situaciones dónde se ejerce una disuasión de carácter ambiguo, estrategia que durante la Guerra Fría fue conocida como «*Salami Slicing*»⁹. Todas ellas se desarrollan bajo la premisa de evitar la reacción del adversario, beneficiándose de la reticencia de los demás países al empleo de la fuerza. Países que, en caso de reaccionar, se enfrentan desde el primer momento a una derrota estratégica al comprobar como fracasa la estrategia de disuasión que hubiesen adoptado y por verse forzados a participar en un conflicto no deseado.

Además, aunque la presencia de actores no estatales no es una novedad al estudiar los conflictos en el pasado, la globalización y la revolución en las tecnologías de la

⁹ WIRTZ, James J. «Life in the “Gray Zone”: observations for contemporary strategists». *Defense & Security Analysis*, 33:2, 2017, pp. 106-114. DOI: 10.1080/14751798.2017.1310702.

información y la comunicación han fomentado no solo el empoderamiento de individuos y grupos políticos y sociales, sino también el de organizaciones radicales de todo tipo, permitiéndoles formar redes colaborativas a nivel internacional y desarrollar campañas con la intención de alterar los fundamentos del orden internacional establecidos tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

Los conflictos desde 1990 han tenido características asimétricas y, cada vez también más, de carácter híbrido. Cualquier actor, militar o no, intentará atacar las vulnerabilidades que haya detectado en el adversario en lugar de enfrentarse a sus fortalezas, lo que concede un carácter asimétrico a cualquier tipo de conflicto. El propio Clausewitz reconocía el valor de las «guerras asimétricas» por su capacidad para provocar efectos de carácter estratégico con acciones tácticas de pequeña escala.

Pero, la irrupción de nuevas tecnologías accesibles a los actores más débiles o aquellos otros no situados en el selecto grupo de la «revolución de los asuntos militares» y la proliferación de actores capaces de incentivarlas o de tomar parte en las mismas, ha dado lugar al surgimiento de lo que los estrategas denominan la guerra híbrida, que pretende ser un modo de evitar que los enfrentamientos armados se produzcan de acuerdo con los escenarios más favorables a la implementación de la fuerza por parte de las potencias vanguardistas en materia de asuntos militares¹⁰.

La guerra híbrida debe ser considerada como un conflicto abierto que por definición implica el uso de la fuerza y que además contiene elementos propios de una guerra convencional, aunque en sí misma no sea una guerra convencional. Así, esta nueva naturaleza de la guerra permite desgastar a todos los niveles a una potencia implicada en un conflicto para terminar provocando su defección y retirada¹¹.

Pero existe la posibilidad de que algunos de estos Estados revisionistas, o con intenciones más o menos agresivas, planeen alcanzar sus objetivos políticos sin forzar el estallido de una guerra abierta, actuando en el límite de lo permitido por el derecho internacional, mediante una estrategia basada en acciones que van más allá de las asumidas como aceptables en tiempo de paz.

¹⁰ BAQUÉS, Josep. «Hacia una definición del concepto de Grey Zone». *Documento de Investigación 02/2017*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Disponible en http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_investig/2017/DIEEEINV02-2017_Concepto_GaryZone_JosepBaques.pdf.

¹¹ *Ibidem*.

Esta situación, en la que existen altas dosis de inseguridad jurídica y tensión social y que incluso hace plantearse el concepto de paz formalmente existente, es un tipo de conflicto que se remonta a la antigüedad, un estado entre las situaciones de guerra y paz donde los actores concernidos intentan derrotar a sus adversarios sin el empleo amplio o sostenido de la fuerza militar.

De esta forma, se evitan enfrentamientos directos que normalmente son difícilmente sostenibles tanto por los actores estatales como por los no estatales, en un marco que posiblemente requerirá una nueva teoría del conflicto y comienza a ser conocido como «zona gris»¹². Todo ello, en un entorno caracterizado por la ejecución de acciones agresivas, una gran inseguridad jurídica, situaciones ambiguas e incluso un cierto grado de coacción militar para alterar el *statu quo*.

Sin embargo, y como ya hemos anticipado, esta naturaleza del conflicto no es novedosa, lo realmente novedoso son los medios que se han incorporado a su ejecución. Así, lo que hoy en día se conoce como amenazas híbridas fue ampliamente estudiado durante la década de los sesenta por el coronel Eugeny Messner (1891-1974).

Messner desarrolló su investigación centrándose en los conflictos periféricos entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría y trató de proporcionar una lógica estratégica a los acontecimientos en teoría inconexos que tuvieron lugar durante esos años y que, según su teoría, formaban parte de una estrategia comunista.

En su investigación, llegó a la conclusión de que pensar en términos de paz y guerra ya no tenía sentido, puesto que la dicotomía planteada por estos estadios se había diluido, manteniendo su relevancia exclusivamente desde un punto de vista jurídico, pero habiendo perdido su importancia desde un punto de vista político-estratégico. De acuerdo con su concepción, los periodos de paz no implicaban el cese de las hostilidades, los objetivos políticos permanecían inmutables, pero eran alcanzados a través de otras herramientas y tácticas.

Además, la tradicional demarcación geográfica del campo de batalla había desaparecido, convirtiendo a la totalidad del territorio geográfico del adversario en un potencial campo de batalla, lo que tenía como consecuencia inmediata una cada vez mayor implicación

¹² HERAS, Nicholas. «Gray Zones in the Middle East». Center for a New American Security. Septiembre, 2017. [Consultado el 1 de octubre de 2017]. Disponible en <https://www.cnas.org/publications/reports/gray-zones-in-the-middle-east>.

de la población civil. Este factor, junto a la mayor capacidad de los medios militares empleados en el campo de batalla, habría provocado una traslación del centro de gravedad estratégico desde el dominio físico hacia el dominio psicológico.

Así, la victoria militar no garantizaría en el futuro el éxito final en el enfrentamiento, este vendría dado por la destrucción de la capacidad de resistencia del adversario. Por lo tanto, los conflictos no se centrarían exclusivamente en la conquista de territorios físicos, sino en la conquista de las almas de la ciudadanía.

Este aspecto fue compartido, varias décadas después, por el general británico Rupert Smith, que afirma en su obra *The Utility of the Force* que el conflicto futuro se podrá concretar en dominios y modos no tradicionales, no solamente con la intención de crear las condiciones para que se puedan alcanzar los objetivos establecidos por medios diferentes a la violencia de la guerra, sino también para influir en la percepción de la población¹³.

Otra característica de los conflictos que Messner identificó fue que en el futuro estos serán cada vez más proclives a la utilización de elementos irregulares o no convencionales que, según su opinión, como media poseen estándares profesionales más bajos, además de una ética y moralidad cuestionable.

Todas estas características, unidas a la participación de un elevado número de actores, contribuirían a incrementar la complejidad de los conflictos, a transformarlos cada vez en menos locales, atrayendo a un mayor número de actores externos, lo que tendría como consecuencia que el campo de batalla estaría formado por un mosaico de actores y dinámicas entrelazadas que dificultarían no solo la comprensión de las verdaderas causas profundas del conflicto, sino también su propia resolución.

Con este análisis del entorno, Messner estableció los siguientes objetivos potenciales a alcanzar: (1) la destrucción de la moral del enemigo, (2) la derrota del principal grupo de oposición del adversario ya sea de carácter militar o civil, (3) la captura o destrucción de objetivos de alto valor psicológico y militar, y (4) la influencia sobre la moral de los potenciales aliados.

Estos objetivos podrían ser alcanzados por una amplia variedad de actores que se agruparían fundamentalmente en cuatro categorías: (1) grupos de manifestantes

¹³ SMITH, Rupert. *The utility of the force. The art of war in the modern world*. Londres: Penguin Books Ltd. 2005.

capaces de generar inestabilidad social, (2) actores encubiertos que desarrollen actividades ilegales que abarcan desde el sabotaje hasta el terrorismo, (3) grupos irregulares de resistencia armada, y (4) fuerzas armadas convencionales.

Entre las características del conflicto que vislumbró el coronel Messner merece la pena destacar el carácter no convencional y poco ortodoxo de estos, cuyo diseño estratégico mantiene una ambigüedad deliberada con la intención de dificultar a los potenciales adversarios la comprensión del entorno. Ejecutadas correctamente, las acciones desarrolladas siguiendo los principios de este conflicto tendrán un carácter prolongado en el tiempo y gradual en su ejecución. Además, a pesar de alinearse de forma general con los principios básicos de la guerra, su objetivo final es principalmente influir sobre el entorno psicológico del adversario.

Todas estas características se desarrollarían con una absoluta falta de adherencia, si es necesario, a las normas, convenciones o valores internacionales; lo que representaría el mayor desafío para los regímenes democráticos en los países occidentales¹⁴.

De esta manera, y agrupando todas las características antedichas, la guerra híbrida puede ser descrita como la conjunción de actividades planeadas, coordinadas y controladas de forma centralizada, que incluyen tanto acciones convencionales como no convencionales, llevadas a cabo por actores militares y no militares, y que se desarrollan en ámbitos como el conflicto tradicional, las operaciones de inteligencia e influencia, la seguridad económica y financiera, la seguridad energética y el ciberespacio.

Y aunque el vigente modelo de hacer la guerra, definido por el paradigma napoleónico-industrial, continuará siendo aplicable a un limitado número de escenarios en el siglo XXI, debe dejar de ser considerado como el *sancta sanctorum* en la forma de planear y conducir las operaciones militares durante los conflictos armados venideros.

Además, en el caso de los actores no estatales, el empleo de estas tácticas proporciona mayores posibilidades de provocar un elevado impacto sobre nuestras capacidades en comparación con la ejecución de acciones terroristas aisladas, ya que las sinergias que provocan incrementa el daño causado en un determinado periodo de tiempo, dificulta la

¹⁴ Para ampliar la información sobre la guerra a través de las herramientas no convencionales, se puede consultar el artículo del mismo autor «Quo Vadis... La guerra a través de herramientas no convencionales». *Revista General de Marina*. Marzo, 2017. Disponible en <http://www.armada.mde.es/archivo/rgm/2017/02/cap09.pdf>.

atribución de la autoría, así como la identificación de posibles objetivos a los que responder militarmente.



Figura 2: Las amenazas híbridas y la respuesta desde una acción «toda sociedad»

Ante esta nueva naturaleza del conflicto, el profesor Enrique Vega¹⁵ afirma que los ejércitos deberán adaptarse a las nuevas revoluciones en asuntos militares, especialmente las derivadas de la ampliación de ámbitos de actuación, los cuales requieren de capacidades y reglas de enfrentamiento radicalmente diferentes. También será cada vez más evidente una mayor privatización de la guerra, lo que provocará un creciente papel de los actores no estatales en los conflictos armados. Es decir, el instrumento militar está llamado a evolucionar hacia fuerzas y enfrentamientos cada vez más dinámicos.

¹⁵ DE VEGA GONZÁLEZ, Enrique. «Comprender el poder para entender la seguridad en el siglo XXI». Instituto Español de Estudios Estratégicos. Septiembre, 2016. [Consultado el 1 de octubre de 2017]. Disponible en http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2016/DIEEEO93-2016_Comprender_Poder_Seguridad_SXXI_EnriqueVega.pdf.

Lecciones mal aprendidas de los conflictos actuales

Desde una perspectiva centrada en el ámbito militar, el tipo de intervenciones desarrolladas en el marco de la «guerra global contra el terrorismo» han producido, en algunos sectores, falsas ilusiones sobre la forma de conducir los conflictos, existiendo un gran consenso en las seis que se citan a continuación.

La primera, es la proliferación de una visión dónde el combate terrestre siempre será el esfuerzo principal, actuando los medios aéreos y navales como esfuerzos secundarios o en apoyo. En este sentido, Max Hastings llegó a publicar en el periódico *The Guardian* que las fuerzas armadas británicas debían transformarse para que su Fuerza Terrestre se convirtiese en su elemento principal, que su jefe de Estado Mayor fuese siempre un general de esta fuerza, y que tanto la fuerza aérea como la armada deberían reestructurarse para apoyarla, ya que la naturaleza futura del conflicto girará en torno a la guerra irregular¹⁶.

La segunda, es la creencia de que el *tempo* de las operaciones permitirá adaptar la doctrina y procedimientos propios para corregir los errores producidos por un planeamiento inicial desalineado con la realidad o por un limitado conocimiento del entorno operacional o del enemigo. Las fuerzas armadas han sufrido una transformación en los últimos años que las ha llevado desde un modelo concebido con el objetivo de defender la integridad territorial y la seguridad de los ciudadanos, hacia otro caracterizado por la proyección del poder más allá de las fronteras nacionales. En consecuencia, esta traslación del esfuerzo debería reflejarse convenientemente en su organización y doctrina.

La tercera, es la ya mencionada creencia en que la superioridad tecnológica será un factor determinante e inmutable en la conducción de las operaciones. El colapso de las barreras que separaban hasta hace unos años al mundo digital del físico, a lo sintético de lo orgánico, constituirá, si no lo están haciendo ya, una verdadera revolución en la naturaleza de los conflictos armados.

La cuarta, es la consideración de que se dispondrá de un ilimitado arsenal de armas inteligentes. Muy relacionada con la anterior, la quinta se basa en considerar como asegurado en todo momento el sostenimiento logístico de las unidades. Sin embargo,

¹⁶ HASTINGS, Max. «Our armed forces must now confront their greatest enemy: the MoD». [Consultado el 2 de octubre de 2017]. Disponible en <https://www.theguardian.com/commentisfree/2007/apr/30/comment.politics>.

existe la opinión generalizada de que hoy en día lo ejércitos europeos simplemente serían incapaces de luchar en una guerra prolongada de alta intensidad.

Por último, la sexta, se orienta a considerar como inmutable el carácter profesional de los ejércitos.

Estas percepciones, ampliamente extendidas tanto entre la sociedad civil como entre el estamento militar y político, han venido acompañadas de una serie de errores cometidos por parte del nivel político en el marco de la dirección estratégica de la herramienta militar para la resolución de conflictos armados y que en muchos casos han estado en el origen de la imposibilidad de transformar las victorias tácticas en éxitos estratégicos.

Por una parte, se ha depositado una excesiva confianza en la transformación de los sistemas políticos o en la reforma del sector de la seguridad en Estados fallidos o débiles, a pesar de que diferentes estudios sociológicos han probado lo difícil que resulta influenciar en una sociedad a corto plazo sin crear tensiones y respuestas enfrentadas.

Por otra parte, en estas intervenciones no siempre se han seleccionado aliados confiables o que contasen con legitimidad ante sus respectivas sociedades, aspecto que constituye un factor fundamental en cualquier eventual proceso de transición y reconciliación posconflicto.

Además, y desde una visión más orientada hacia la actuación militar, tanto la reticencia a desplegar unidades militares, como a mantener el esfuerzo una vez iniciado o la transmisión de un mensaje de falta de compromiso y, por lo tanto, una más que previsible retirada del esfuerzo militar por motivos políticos, se han convertido en uno de los aspectos con mayor incidencia en la gestión de los conflictos armados.

Estas diferencias de visión entre lo político y lo militar no es novedosa y ya fue estudiada por el general McMaster en su libro sobre la guerra de Vietnam, *Incumplimiento del deber* publicado en 1997, donde critica la gestión del secretario de Defensa entre 1961 y 1968, Robert McNamara, y su desconfianza hacia el estamento militar, pero también a la jefatura de las fuerzas armadas en ese momento por no exponer sus ideas con mayor claridad al estamento político.

Como resumen, podemos afirmar, de forma general, que hoy en día los ejércitos occidentales son tecnológicamente dependientes, requieren de un considerable esfuerzo de sostenimiento durante sus despliegues y carecen en muchos casos de la dirección

política adecuada para hacer frente a la naturaleza de los conflictos actuales¹⁷. Además, están anclados en un legado conceptual mucho más influenciado por una naturaleza del conflicto propia de la Guerra Fría de lo que reconocemos, centrando sus conceptos estratégicos en la disuasión clásica. Todos estos elementos condicionan y lastran de forma considerable las posibilidades de ser realmente efectivos frente a las nuevas amenazas.

¿Cuál es la respuesta posible ante este escenario?

Ante la evolución que se está produciendo en la arena internacional, es evidente que la tradicional aproximación que se realiza en los países occidentales al planeamiento y conducción de las operaciones militares requiere una adaptación para integrar de forma efectiva la convergencia de medidas militares y no militares, y desarrollar un ciclo de decisión político-estratégico más flexible, ágil y adaptado a un entorno cambiante.

En palabras del general estadounidense Joseph Dunford, hoy en día existe una falta de sincronización entre las actividades propias y la de aquellos adversarios que utilizan herramientas de carácter híbrido. Mientras que estos parecen estar asegurando de forma permanente el mantenimiento de la iniciativa mediante el empleo de sus capacidades en los ámbitos cibernético y ultraterrestre, o a través de acciones de guerra no convencional o de operaciones de información; las acciones propias siguen constreñidas a la dicotomía representada por la situación de paz o conflicto.

Según este mismo general, estas acciones se desarrollan en una «zona gris» y no deben ser consideradas como «operaciones diferentes a la guerra», ya que se les proporcionaría una importancia y prioridad menor. No debe obviarse que, en muchos casos las acciones desarrolladas en esta zona incluyen el empleo, o la amenaza de hacerlo, de la fuerza militar para alcanzar objetivos políticos.

La probabilidad de enfrentarse a un conflicto de características híbridas en la actualidad se sitúa a medio camino entre el enfrentamiento tradicional entre actores estatales y el enfrentamiento con actores no estatales. No obstante, y como ya hemos mencionado, algunas acciones características de este tipo de conflicto podrían estar desarrollándose en la actualidad por parte de diferentes actores internacionales con la intención de

¹⁷ SMITH, Rupert. *Op. cit.*, 2005.

asegurarse la iniciativa, ya que estas acciones permiten a los Estados o a los actores no estatales de menor fortaleza la posibilidad de emplear una aproximación indirecta que les proporcione ventajas tácticas.

Además, de acuerdo con el general Martin Dempsey, exjefe de Estado Mayor Conjunto estadounidense, los conflictos híbridos pueden aunar los esfuerzos de actores no estatales y estatales para alcanzar objetivos conjuntos. Estos conflictos incrementan la ambigüedad de las acciones desarrolladas con el objetivo de dificultar los procesos de decisión propios y ralentizar la coordinación para la provisión de respuestas efectivas.

En este contexto, el general estadounidense David Barno afirma que el conflicto al que tendremos que hacer frente se desarrollará como la conjunción simultánea de tres tipos diferentes de guerras: la de silicio, la de metal y la de las sombras¹⁸. La preponderancia de una de ellas en un momento dado, o la forma en la que cada una de ellas apoya o es apoyada, dependerá de los objetivos políticos establecidos.

Las guerras de silicio, de la que la ciberguerra es su mayor exponente, aunque no el único, presentan la gran innovación y el mayor campo de desarrollo en los próximos años, incrementando su impacto sobre la concepción actual de la conducción de las operaciones hasta niveles que no pueden ser vislumbrados completamente en la actualidad.

Las guerras de metal, que podrían ser identificadas *a priori* con el tradicional paradigma napoleónico-industrial, verán cómo un mayor número de actores tendrán la capacidad de desarrollar no solo acciones como la negación de área o acceso, sino también la neutralización o degradación de los sistemas de posicionamiento o de las redes de mando y control de los potenciales adversarios, desarrollando acciones en diferentes ámbitos de forma sincronizada.

Finalmente, la guerra de las sombras se desarrollará fundamentalmente contra combatientes individuales directamente, más que contra formaciones militares tradicionales, a través de acciones selectivas, normalmente encubiertas, desplegadas en un amplio espacio geográfico cuya propia definición supondrá otro nuevo desafío a la geografía jurídica de la guerra.

¹⁸ BARNO, David. «Silicon, Iron & Shadow: Three Wars That Will Define America's Future». Center for New American Security. Junio, 2013. Disponible en <https://www.cnas.org/publications/transcript/transcript-cn-as-2013-annual-conference-silicon-iron-shadow-three-wars-that-will-define-americas-future>.

Ante esta cambiante naturaleza del conflicto, debemos esperar que la herramienta militar continúe manteniendo la posibilidad de proporcionar a las autoridades políticas capacidades para garantizar la seguridad nacional, proteger los intereses propios dentro y fuera de sus fronteras y responder frente a situaciones de crisis cuyos efectos pudieran llegar a influir negativamente sobre el interés nacional.

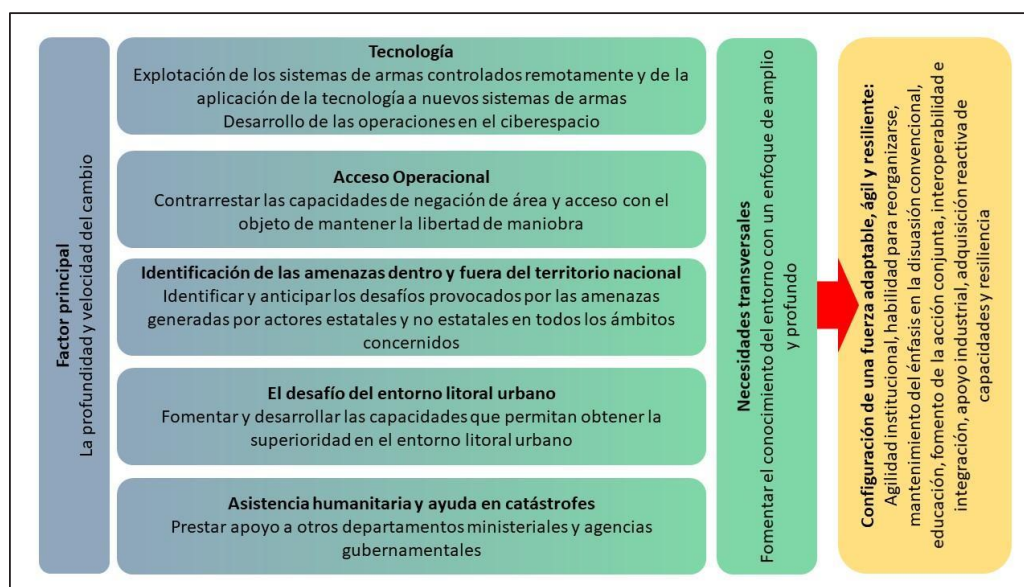


Figura 3: Implicaciones para el ámbito de la Defensa Nacional.
Adaptado de *Strategic Trends Programme: future operating environment 2035*

Con el objeto de favorecer la transformación de las Fuerzas Armadas, el Ministerio de Defensa del Reino Unido ha identificado algunos de los retos futuros a los que estas se enfrentan para desarrollar sus cometidos. Entre los principales desafíos que identifica el estudio *Strategic Trends Programme: future operating environment 2035*, hace referencia a la proliferación de la capacidad de negación de área y acceso, la mayor utilización de sistemas controlados remotamente o incluso robóticos, la mayor disponibilidad de sistemas de misiles supersónicos o incluso hipersónicos, la revolución que supondrá la difusión de la tecnología cuántica, la capacidad de análisis en tiempo operativo de ingentes capacidades de información, los desarrollos en capacidades de

reconocimiento y vigilancia y el auge de la tecnología de la información y la comunicación¹⁹.

Para hacer frente a estos retos, se evidencia como imprescindible la actuación de las fuerzas armadas en el nivel operacional, donde las diferentes capacidades se complementan, sincronizan e integran. Un nivel este en el que las fuerzas armadas se encuentran cada vez más cómodas porque favorece el desarrollo de acciones militares alejadas de las restricciones e imposiciones directas que puede llegar a aplicar el nivel político, lo que intrínsecamente supone el restablecimiento de una diferenciación entre el nivel político y de la conducción de las operaciones.

Finalmente, se evidencia como necesario un nuevo modelo de relaciones civiles y militares que reflejen de forma más precisa la cambiante naturaleza del conflicto y que según el profesor británico Strachan, deben sustentarse en la aceptación de cuatro factores.

En primer lugar, los conflictos que observamos en la actualidad son *de facto* las guerras del presente y del futuro a corto y medio plazo y no aquellos definidos en un sentido estrictamente jurídico. En segundo lugar, los conflictos de baja intensidad, que a menudo se desarrollan de forma persistente, continua y simultáneamente, pueden implicar compromisos nacionales de carácter militar contra diferentes adversarios, en escenarios geográficos distantes, de forma concurrente y prolongada. En tercer lugar, la profesionalización de los ejércitos ha provocado un cada vez mayor alejamiento de estos con respecto a unas sociedades que carecen de experiencia militar propia. En cuarto lugar, será necesario asumir que la imagen que esas sociedades tienen del conflicto armado está mediatizada por la imagen que la prensa y las redes sociales transmiten de estos²⁰.

En este sentido, en la nueva naturaleza del conflicto la información pública tiene la capacidad de contribuir a que una victoria táctica se convierta en un éxito estratégico. Esto es debido a que el control de la información en el teatro de operaciones se ha ido convirtiendo en un elemento sumamente complicado ya que los medios de comunicación

¹⁹ Ministerio de Defensa de Reino Unido. «Strategic Trends Programme: future operating environment 2035». DCDC Strategic Trends programme. Diciembre, 2015. [Consultado el 23 de septiembre de 2017]. Disponible en <https://www.gov.uk/government/publications/future-operating-environment-2035>.

²⁰ STRACHAN, Hew. *The direction of war. Contemporary strategy in historical perspective*. Cambridge: Cambridge University Press 2013.

defienden su integridad y libertad para informar por encima de cualquier otra consideración, mostrándose cada vez más implicados en las noticias, lo que hace dudar de su independencia.

Además, el periodismo profesional ha dejado de poseer el monopolio de la información, ya que gracias a la accesibilidad de la tecnología surge lo que podemos considerar una forma alternativa de información, el periodismo ciudadano, aunque este carece de los resortes propios de la profesión y, por lo tanto, de un código de conducta identificable.

Conclusiones

Aunque Clausewitz afirma que toda guerra es violenta, esto no significa que todo conflicto violento sea una guerra. La idea de que solo existen dos opciones a escoger entre guerra y paz, entre libertad y seguridad, es un falso dilema que lleva a abordar la cambiante naturaleza de los conflictos de forma inapropiada. Sin embargo, la dificultad en abolir esta idea no radica en enseñar lo correcto, sino, como exhortó Demóstenes a los atenienses, en convencer a la audiencia para obrar correctamente.

Esta realidad, cada vez más evidente, no implica la necesidad de redefinir los conceptos de «violencia» y «guerra», pero sí la aceptación de que existen conflictos violentos que para ser gestionados apropiadamente requieren de la concurrencia de todas las herramientas de las que dispone el Estado. Todo ello teniendo en cuenta que las fuerzas armadas están organizadas, equipadas y adiestradas para hacer frente al concepto de guerra acuñado por Clausewitz, no para cualquier otro que pueda ser decidido al albur de las condiciones políticas.

En términos generales, la velocidad, complejidad y ubicuidad a la que se produce actualmente la innovación tecnológica y su posible empleo como arma por cada vez un mayor número de actores, será un factor determinante en la naturaleza futura de los conflictos. Ante estas amenazas, el modelo de seguridad se irá descentralizando cada vez más hacia nuevos actores dentro y fuera del ámbito estatal con los que será necesario operar en red.

Dentro del ámbito militar, parece estar produciéndose un cambio de paradigma debido a la obsolescencia y pérdida de omnipresencia del modelo de guerra industrial. A pesar de ello, la herramienta militar continúa siendo utilizada en sus intervenciones en el exterior para alcanzar objetivos que no conducen a la resolución de los conflictos, ya que se

sitúan predominantemente en el nivel táctico, orientados hacia el control del territorio y la derrota de las fuerzas enemigas más que hacia la población y sus líderes.

De cara al futuro, las Fuerzas Armadas se enfrentan a varios retos. Por una parte, en el nivel estratégico se debe tener en cuenta que no siempre se recibirán órdenes claras y concisas desde el nivel político, por lo que se debe asumir que tendrá la responsabilidad de realizar las preguntas adecuadas en el momento oportuno. Dicho de otra manera, por una parte, el nivel estratégico militar debe considerar en todo momento los condicionantes políticos; pero, por otra parte, el nivel político debe ser consciente de las posibilidades reales que proporciona el empleo de la herramienta militar y también de los límites para alcanzar determinados objetivos políticos a través de su empleo.

Además, el comandante de las fuerzas en el nivel operacional deberá fomentar la acción conjunta a través de la interoperabilidad y la integración de capacidades. Todo ello, en un entorno donde deberá asumir un mayor número de riesgos a los que hacer frente para alcanzar los objetivos establecidos y operar con fuerzas mucho más adaptables, ágiles y resilientes, capaces de reorganizarse rápidamente para explotar las oportunidades que proporcione la naturaleza cada vez más dinámica de los conflictos.

*Samuel Morales Morales**

Teniente coronel de Infantería de Marina (DEM)